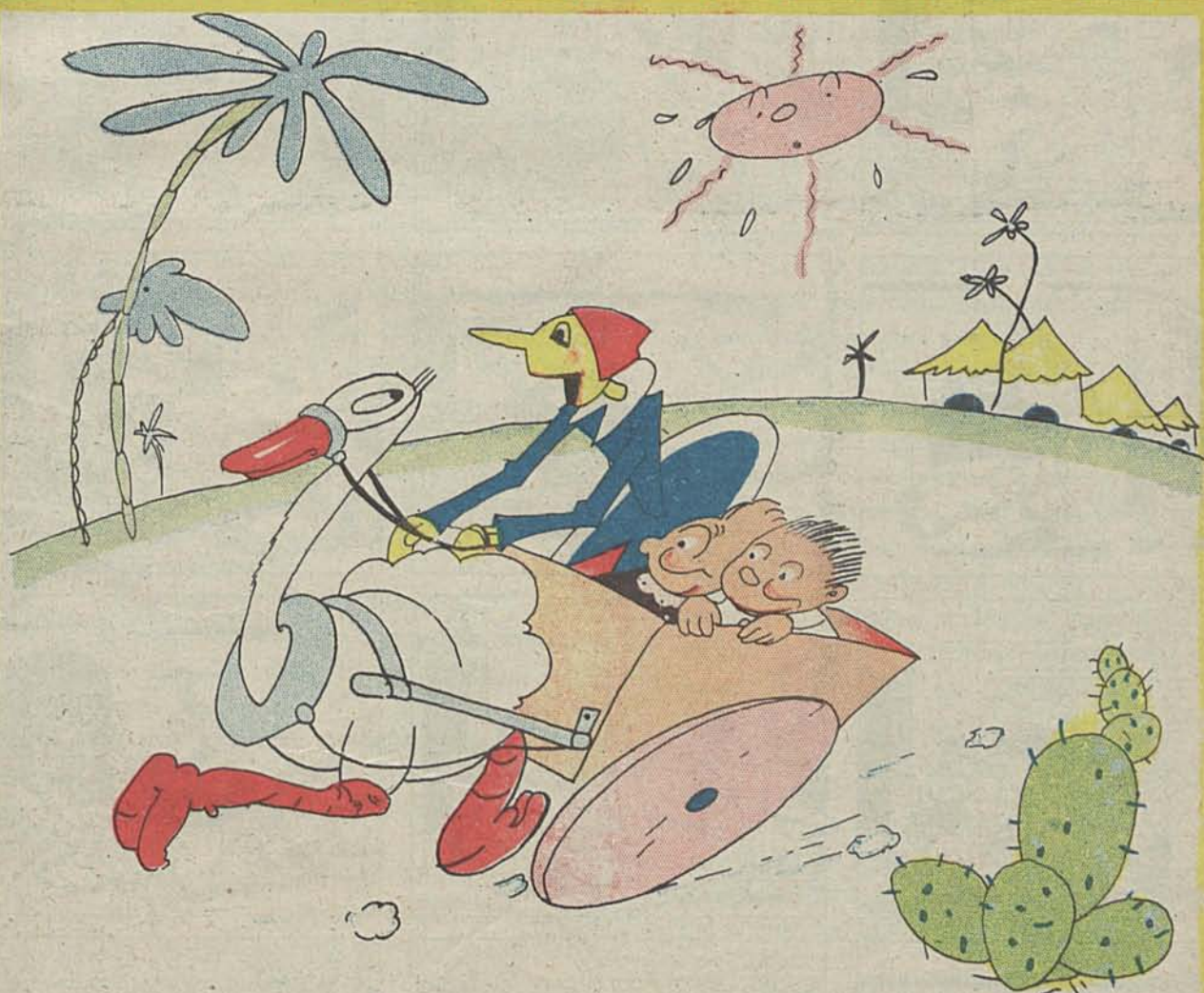


# PINOCHO

AÑO VI  
NUM. 294

25 cts

5 OCTUBRE  
1930



-AHORA VAMOS A CINCUENTA KILÓMETROS A LA HORA.  
¡PATIZA! PUES ENTONCES NOS VAMOS A PASAR PORQUE AL PUEBLO  
QUE VAMOS SOLO HAY TREINTA Y CINCO.

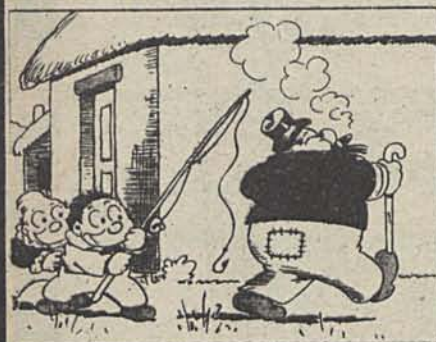


# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



Copyright Free Publishing Co. (New York World) 1930.



# EN LA FRONTERA DEL FAR-WEST

POR  
E. Salgar



(Continuación)

Para no perder tiempo en cargar los rifles, y con idea, además, de

economizar municiones, que después podrían hacerles falta, se pusieron todos a lanzar contra los lobos tizones encendidos, recurso que les produjo mejor resultado aún que los disparos.

Cada vez que un leño inflamado caía sobre un grupo de las famélicas bestias, sufrían éstas horribles quemaduras por efecto de la lluvia de encendidas chispas que el choque arrancaba al ardiente madero, y caían aullando de dolor y de rabia.

Aquello no podía durar mucho tiempo.

Casi tocaban ya John y Harris con las cabezas de los lobos, cuando entre dos detonaciones se oyó gritar a Jorge:

—¡En retirada!

—¡No vuelvas la espalda, Harris!—le dijo el *indian-agent*—. ¡Dales siempre la cara!

Los lobos se precipitaron en tropel por la abertura.

Los dos hombres, ayudados por Jorge y el *gambusino*, ganaron bien pronto la escalera y entraron en el subterráneo, iluminado ya con una mecha.

Era una especie de cripta con pequeñas arca-das, en cuyos vanos debieron de existir en otro tiempo estatuas de santos, y lo bastante espaciosa para contener más de veinte personas.

En el centro había una viejísima mesa, alrededor de la cual se veían multitud de esqueletos humanos.

Era todo lo que quedaba de aquellos bandi-dos mejicanos que asesinaron a los padres de la Misión.

Apenas habían los cuatro hombres llegado al pie de la escalera, cuya anchura bastó apenas para que por ella descendieran los caballos, cuando los lobos se mostraron en lo alto, aullando con rabiosa insistencia.

—¡Por lo que se ve—dijo Harris—, han jurado que les sirvamos de cena!

—¿Has visto mayor tenacidad, John?

—Yo, no; pero me parece que debes dejar las bromas.

—¿Crees que intentarán bajar?

—¡Quién sabe! ¿Hay aquí leña, Jorge?

—La mesa.

—Trata de hacerla pedazos, ayudándote el *gambusino*. Solamente un buen fuego al pie de la escalera contendrá a esa chusma.

—¡Que el diablo se los lleve a todos y se lleve también a este maldito *tornadol*!

—Es preciso defenderse a todo trance hasta el amanecer. Si es necesario, quemaremos también estos esqueletos. Son restos de asesinos, que no tienen derecho a la sepultura.

Un ruido ensordecedor se oyó entonces. El *gambusino* y Jorge, armados con gruesas piedras arrancadas de los nichos, hacían pedazos la mesa y los escabeles que la rodeaban.

Al oír aquel estruendo, que repercutía con gran intensidad en la cripta, los lobos redoblaron sus aullidos.

—¡Hay que resistir hasta el alba! ¡Harris, dispara conmigo contra ellos!

—Apuntaré a los que tienen la boca llena de baba. ¡Son los que me dan más miedo!

—¡Tiral!

Dos lobos, heridos por las infalibles balas de los voluntarios, rodaban por la escalera, mientras *Nube Roja* y Jorge encendían la hoguera formada con los trozos de la mesa.

Minnehaha, que se había refugiado en un rincón, batió palmas alegremente al ver la intensa luz que invadió la cripta.



Un gesto amenazador de su padre la contuvo en su entusiasmo, que de seguro hubiera llamado la atención de los corredores.

—¡Muchacha—le dijo el *indian-agent*—, si no eres capaz de tomar parte en la lucha, a lo menos estate quieta!

Minnehaha se refugió en un ángulo, se apoyó contra la pared y envolvióse en su manto, al que parecía tener una gran estima.

En tanto, los lobos, cada vez más furiosos, asomaban su repugnante hocico por la entrada; pero retrocedían a los pocos minutos, pues el aire que penetraba por dos pequeñas ventanas abiertas a flor de tierra y defendidas por barrotes de hierro les arrojaban a los ojos y narices espesas nubes de humo mezclado con encendidas chispas.

Los tres voluntarios del coronel y el *gambusino* presenciaban impávidos la escena apoyados en sus rifles.

Con aquel fuego no tenían necesidad de derrochar municiones.

—Al alba emprenderán la fuga—dijo John a Harris—. Estos animales solo pelean durante la noche, y ya empezará a clarear muy pronto.

—¡Mejor hubieran hecho dejándonos dormir!—respondió el cazador.

—¡Bah! Nosotros, hombres de la pradera, estamos bien acostumbrados a pasar muchas noches en claro. Me basta con que reposen nuestros caballos, a fin de que nos conduzcan a Kampa antes de que las bandas de los *chayennes* y de los *arrapahoes* se encuentren con las de los *sioux* y se desparramen por la pradera.

—¿Esperáis encontrar algún correo?

—A lo menos, sé que Kampa no ha sido todavía abandonada por completo, y espero encontrar en aquella estación postal compañeros que podrán acompañarnos hasta el Lago Salado. Así seremos más, y tendremos menos que temer por parte de los *pieles rojas*.

—Un grupo numeroso puede llamar la atención de los indios—dijo en aquel momento el *gambusino*—. Yo, en vuestro lugar, preferiría viajar solo.

—Es verdad que somos cuatro, y todos valientes—respondió el *indian agent*—. Pero prefiero encontrar la compañía de un correo. ¡Leña a la hoguera!

—¡Ya no hay leña!

—¿Para qué están ahí los esqueletos de los ladrones?

El fuego aumentó repentinamente con la carga de huesos que echaron sobre las brasas.

Al ver nuevamente alimentada la llama, los lobos perdieron la esperanza de cenar aquella noche, y se alejaron, lanzando aullidos.

Durante algunos minutos se les oyó cada vez más lejos, hasta que al fin reinó un completo silencio.

—¡Ya se marcharon!—dijo el *indian-agent* después de escuchar atentamente. El alba no debe de estar, pues, muy lejana. ¡Camaradas, aprovechemos este rato para descansar junto al fuego!

## CAPÍTULO VII

### En la gran pradera

Cuando los tres voluntarios, el *gambusino* y Minnehaha se decidieron a salir de la Misión después de algunas horas de reposo y de haberse convencido de que los lobos se fueron en busca de un alimento menos indigesto, se había calmado el huracán que sopló durante toda la noche.

Un magnífico sol iluminaba las altas cumbres de las montañas del Laramie, disipando las nubes y evaporando rápidamente el agua que cayó durante el *tornado*, la cual se convertía en ligeras nieblas, que el viento de la mañana hacía desaparecer.

Los cuatro viajeros habían lanzado sus caballos al galope, tratando de llegar a la gran pradera, que debía de hallarse a pocas millas de distancia.

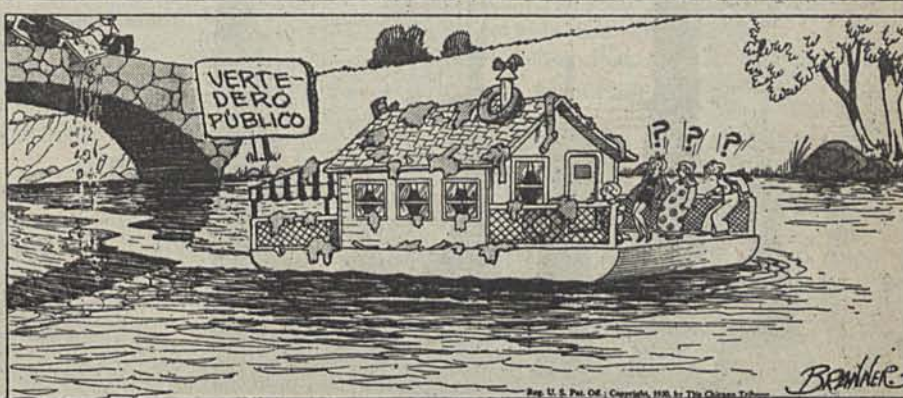
John marchaba siempre a la cabeza; pero ya no llevaba consigo a la india, que iba en el caballo del *gambusino*.

(Continuará en el próximo número).





# COLORÍN y su PANDILLA





# UN DRAMA EN EL DESIERTO

POR E. Salgar

(Continuación)

ningún modo, pues ante mí se extendió el desierto infinito, árido, sin plantas, sin agua, y a mis espaldas el océano inmenso.

Si hubiera querido alejarme de allí, no hubiera ido ciertamente muy lejos. El hambre y la sed me habrían matado pronto.

Aproveché aquella momentánea libertad para ir en busca de mis compañeros.

El campamento de los piratas del desierto se componía de cuatro grandes tiendas formando un aduar y unidas entre sí con una cerca de setos espinosos.



Había varios camellos de carrera y de carga, estos con una sola giba y aquellos con dos, más macizos de formas: unos cuantos carneros negros pacían la escasa y dura hierba impregnada de salitre que despuntaba rala entre las dunas.

Crucé por entre el aduar y me dirigí hacia la playa donde ví que se alzaban algunas nubes de humo. Era mi pobre barco, encallado sobre un banco de arena que la marea baja había dejado en seco y que se estaba terminando de convertir en cenizas.

Sus palos, su castillo y el puente ya habían desaparecido y solo quedaba algo del casco ya carbonizado e informe.

Sobre la orilla, los árabes, habían ido amontonando todo e hierro que pudieron extraer para convertirlo más tarde en lanzas, cuchillos, segues y otras cosas.

Mis marineros habían sido empleados en realizar aquella faena. Tuvieron que meterse entre el humo, cortar los herrajes o desclavarlos y arrastrarlos hasta la playa, azuzados por los varazos que a menudo llovían sobre sus espaldas cuando se detenían un solo momento para tomar aliento.

Cuando aquellos desgraciados me vieron gritaron:

—¡Capitán! ¿dónde está Mahot?

Le han matado—contesté con voz triste.

—Mejor hubiera sido que nos tocara a nosotros igual suerte—dijo uno de ellos.

Nos detuvimos tres días en la orilla del Atlántico trabajando como perros y recibiendo en cambio palos en abundancia, y por comida un poco de mijo cocido en agua y un puñado de dátiles.

Al cuarto día, como ya no quedaba hierro que extraer de nuestra nave, nos reunió ante su tienda el jefe que me había desatado y mostrándonos la cabeza reseca y ya sin ojos del pobre Mahot, nos dijo:

—Si no queréis que os ocurra lo mismo que a ese, preparaos para seguirnos.

—¿Y a dónde nos llevas?—pregunté yo aterrado.

—Al país donde se levanta el sol, más allá del país de los Ahggar.

—¿Y qué piensas hacer de nosotros? ¿por qué nos llevas tan lejos del mar?

—¿Quién eres tú—me preguntó el árabe asaeteándome con sus miradas feroces.

—Un hombre libre—le respondí.

—No, ahora eres un miserable esclavo que vales quizá menos que un camello.

—¿Yo un esclavo?—prorrumpí furioso.





De antemano comprendí qué era lo que pensaba hacer con nosotros aquel miserable bandido del desierto. Después de haber incendiado nuestro barco y asesinado a Mahot, quería ahora llevarnos a rastras al través del desierto para vendernos como esclavos a cualquier sultancillo del interior del África.

Aquel pensamiento me hizo sentir el terrible deseo de estrangular a aquel miserable.

Mis compañeros iban fuertemente atados, yo en cambio llevaba libres ambas manos. Sin meditar en el peligro a que me exponía, pues, dado el caso de que lograra desembarazarme del jefe, aún quedaban los demás para sustituirle, y sólo ansiando saciar mi ira, me lancé de improviso sobre el infame cabecilla agarrándole fuertemente por el cuello.

Fué tan rápido mi movimiento que el árabe no tuvo tiempo ni de coger su fusil. Cayó desplomado al suelo y yo con él apretando siempre con mis dedos nerviosos su grueso cuello.

Mis compañeros impotentes para prestarme algún socorro, se arrastraron como pudieron ante las tiendas de los árabes para oponerse como pudieran a que los servidores del jefe, que ya acudían de todas partes, ayudasen a su amo.

Yo mientras tanto luchaba con el furor de la desesperación, magullando bajo mi al asesino del pobre Mahot.

A cada uno de mis apretones le oía resollar y veía como su rostro iba adquiriendo un color violáceo, negruzco, mientras los ojos espantosamente dilatados parecía que se le iban a salir de las órbitas.

A punto estaba ya de matarle, cuando los árabes, habiendo rechazado ya a mis marineros, cayeron sobre mí empuñando sus cuchillos y quitándome de entre las manos a su jefe que harlo maltrecho quedaba.

Me ataron en seguida para apalearme hasta hacerme derramar abundante sangre y luego me llevaron a empujones a una de las tiendas. Me consideraba ya perdido, pues seguro estaba

de que el jefe no me perdonaría nunca aquel destrozo que le hice. Uno de los vigilantes que me pusieron me informó de que en aquellos momentos estaban decidiendo mi suerte. Se habían reunido los más ancianos a deliberar en la tienda del jefe.

Se hizo de noche y nada pude saber. Habían transcurrido ocho horas de expectativa llenas de ansiedad y angustia. Al fin, cuando se alzó la luna vi que los árabes ensillaban sus camellos y recogían las tiendas.

Tuve un rayo de esperanza: si se disponían a emprender la marcha sin antes haberme matado, quería eso significar quizá, que renunciaban a vengar en mí la injuria hecha a su jefe.

Vi marchar a los primeros camellos cargados de hierro: luego unos pocos llevando las tiendas y unos tapices viejos, después mis desgraciados compañeros atados como galeotes y por último a los árabes.

Junto a mí habían quedado únicamente dos hombres.

El corazón me latía con violencia y comencé a bañarme de un sudor glacial, no obstante la temperatura de horno que reinaba en aquellas arenosas dunas.

¿Qué pensarían hacer conmigo? ¿Por qué no me llevaban con mis compañeros?

Pregunté varias veces a mis dos guardianes sin lograr obtener respuesta, pero por las miradas que me lanzaban comprendí que me reservaban alguna triste sorpresa.

Al fin, cuando ya los árabes estaban lejos e iban a desaparecer tras los montecillos de arena que señalaban el comienzo del gran desierto vi aparecer al jefe que venía cargado con una pala y una azada. La terrible expresión de odio que estaba impresa en su semblante la recordaré toda mi vida, aunque viviera aún mil años.

Sus ojos despedían fulgores y sus labios contraídos como los de los tigres, dejaban al descubierto los blancos dientes.

—Ahora—dijo mirándome con ferocidad—, nos toca a nosotros dos.

—¡Mátame!—le contesté—. ¡Poco trabajo te costará, pues me tienes atado!

—¡Matarte!—exclamó—. Si te matara de una cuchillada o de un tiro te daría una muerte demasiado dulce. Te he reservado algo mejor, verás.

A una señal suya, los dos árabes que estaban en guardia, tomaron la pala y la azada y comenzaron a hacer un hoyo profundo.

Yo, aterrorizado hasta la estupidez, contemplaba aquellos siniestros preparativos. ¿Qué querían hacer conmigo? ¿Sepultarme vivo quizá? No, porque así la muerte hubiera sido demasiado rápida, y el árabe había dicho que quería hacerme sufrir largo tiempo.

(Continuad.)







# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



VENGA, NIÑO, ESCRIBE. MUY SE-  
ÑOR MIO. PUNTO FINAL. ME ALE-  
GRO DE VERLE BUENO, PUNTO Y  
COMA



ESPERE UN MOMENTITO QUE  
VOY A PONER OTRO PAPEL

¿PERO OTRA VEZ TE HAS EQUIVO-  
CADO? VAN YA  
CIENTO SEIS VECES,  
NIÑO



PROSIGAMOS  
PUES COMO, COMA, LE DE-  
CIA, PUNTO, YO ESTOY BUE-  
NO GRACIAS, COMA Y CO-  
MA



NO CORRA TANTO, HOMBRE; QUE YA  
ME HA HECHO EQUIVOCARME OTRA  
VEZ. TRAIGA OTRO PAPEL Y DIC-  
TEME DESPACITO Y  
CON BUENA LETRA



SABRÁ USTED COMO QUE ESA CARTA QUE  
DICE QUE LE MANDE DINERO NO HA  
LLEGADO A MI PODER. PUNTOS SUSPEN-  
SIVOS

¡EH! ¡ALTO! ¡ALTO!  
TRAIGA OTRO PAPEL



¡EY! ¡SE ACABO LA CARTA! RECOGE ESOS  
PAPELES, MÉTELOS EN UN SACO Y  
SE LO MANDAS POR CORREO  
A DON RUFITO PEPINILLOS



¡VAYA ALEGRÓN QUE SE VAA LLE-  
VAR DON RUFITO PEPINILLOS CUAN-  
DO VEA QUE TODA ESTA CARTA  
ES PARA ÉL!



¡TE LO TIENES QUE  
TRAGAR COMO YO  
ME LLAMO CURRI-  
NCHÉ!





**LAURA  
LA  
COTORRA  
INDISCRETA**



**PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO**





# CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

## EL CORZO DEL REY



ROBERTO y Celia eran dos hermanitos huérfanos a quienes trataba muy mal su madrastra. Un día dijo Roberto a su hermanita: —¿No será conveniente irnos a correr el mundo? ¡Acaso nos vaya mejor!

Celia se conformó, y caminaron todo el día, atravesando campos y prados.

Por la noche llegaron a un bosque muy espeso; se acurrucaron en el hueco de un árbol, y durmieron.

Cuando despertaron, ya el sol calentaba con sus rayos la parte interior del árbol.

Entonces dijo Roberto:

—Tengo sed, Celia; vamos a buscar una fuente.

Su madrastra, que era hechicera, había visto marchar a los dos hermanos y había echado hierbas encantadas en todas las fuentes de la selva.

Cuando encontraron una fuente, Roberto quiso beber; pero su hermanita oyó decir a la fuente:

—Aquel que de mi agua bebe,

Fiero tigre se vuelve.

—¡Por Dios, Roberto, no bebas, pues te volverás tigre y me harás pedazos!

Andando, andando, llegaron a la segunda fuente, y Celia la oyó decir muy bajito:

—Aquel que de mi agua bebe,

Hambriento lobo se vuelve.

—¡No bebas, por Dios, hermano, pues te volverás lobo y me comerás!

Roberto, aunque sediento, no bebió.

Por fin llegaron a la tercera fuente, y Celia oyó murmurar al agua estas palabras:

—Aquel que de mi agua bebe,

Ligero corzo se vuelve.

La hermosa Celia dijo a su hermanito Roberto:

—¡No bebas, por Dios, hermanito, porque te volverás corzo y huirás de mí!

Mas Roberto tenía mucha sed, y sin escuchar a Celia comenzó a beber; apenas tocaron sus labios el agua, se convirtió en corzo. Celia comenzó a llorar al ver a su pobre hermano encantado, y el corzo lloraba también, sin menearse de su lado.

—No tengas cuidado, mi querido corzo—dijo la niña—, que no me separaré de ti.

Después de haber andado mucho tiempo, llegaron a una casita, donde entró la niña, y, viendo que estaba deshabitada, dijo:

—Aquí podemos detenernos y quedarnos a vivir.

Buscó musgo para que pudiera descansar el corzo, y todas las mañanas cogía raíces, frutas y hierbas frescas, que el corzo comía en su mano.

Por la noche, cuando la niña había rezado sus oraciones, reclinaba su cabeza en la espalda del corzo, que la servía de alfombra, y se dormía dulcemente.

Transcurrió tiempo, y llegó un día en que el Rey de aquel país dispuso una partida de caza.

El Rey y los cazadores vieron al hermoso animal, y no lo pudieron alcanzar.

Al otro día comenzó la caza, y cuando oyó el corzo el son de las trompetas y bocinas y el ruido de los cazadores, volvió a inquietarse, y dijo:

—Celia, abre la puerta; tengo que salir.

La hermana le abrió la puerta, diciéndole:

—Cuando vuelvas y llames a la puerta, dime: «Soy yo, hermanita; ábreme, corazoncito mío»; y abriré la puerta.

Cuando el Rey y los cazadores vieron al corzo, echaron todos tras él; pero era demasiado ágil para dejarse coger.

El Rey le siguió hasta llegar a la casita, donde le oyó decir:

—Soy yo, hermanita; ábreme, corazoncito mío.

Y vió que le abrían la puerta y que cerraban en seguida.

Al día siguiente, y cuando volvió a oír en el bosque el sonido de los instrumentos de caza, dijo el corzo:

—No puedo parar aquí; necesito salir, hermana mía.

Celia le dijo llorando:

—Hoy te van a matar; no te dejes salir.

—Me moriré aquí de pena—la contestó—; cuando oigo la corneta de caza, me parece que se me van los pies.

Celia cedió, y llena de tristeza le dejó marchar.

El Rey, apenas le vió, dijo a los cazadores:

—Perseguido, pero no le hagáis daño.

Luego se dirigió a la casita.

Llamó y dijo:

—Soy yo, querida hermanita; ábreme, corazoncito mío.







Se abrió la puerta, y entró el Rey, quedándose maravillado al hallarse en presencia de la joven más hermosa que había visto en su vida.

Celia tuvo miedo cuando vió que, en vez del corzo, entraba el Rey, quien con dulzura le dijo:

—¿Quieres venirte conmigo a mi palacio y ser mi esposa?

—¡Oh, sí!—contestó la joven, después de un momento de duda—; mas es preciso que venga conmigo el corzo, porque no quiero separarme de él.

—Permanecerá a tu lado—dijo el Rey, lleno de alegría—, y los dos no careceréis de nada.

En aquel momento entró el corzo saltando.

Inmediatamente marcharon todos al palacio del Rey, donde se celebró la boda con gran magnificencia, y Celia fué la Reina, viviendo juntos mucho tiempo.

El corzo estaba muy bien criado, y saltaba y corría por el jardín de palacio.

Cuando su malvada madrastra supo que eran tan felices, se dedicó a buscar un medio para perder a los dos hermanos.

Celia dió a luz un hermoso niño, y algunos días después, como el Rey estaba de caza, la hechicera se transformó en camarista y, entrando en el aposento en que se hallaba, le dijo:

—Venid, señora; el baño está cerca; os sentará bien y os dará fuerzas; levantaos y venid antes que se enfrie.

La bribona hechicera llevó al baño a la incauta Celia, y allí la dejó encerrada con una hoguera, para que la joven Reina se ahogase pronto.

Cometida tan infame acción, cogió la vieja a una hija que tenía, tuerta y muy fea, y la acostó en la cama de la Reina; le dió también la forma y las facciones de la Reina,

pero no pudo ponerla el ojo que le faltaba, y, a fin de que no lo notase el Rey, le mandó que estuviera echada del lado que era tuerta.

A la caída de la tarde volvió el Rey de la caza y quiso ir a la cama de su querida mujer para ver cómo estaba.

Pero la hechicera, temiendo descubriese el engaño, le dijo:

—No abráis, señor,

las ventanas; la Reina necesita descansar.

El Rey se volvió, contrariado, es cierto, pero no recelando que se hallaba en su lecho una Reina fingida.

Cuando dieron las doce de la noche y todos dormían, la nodriza, que estaba en el cuarto del niño, vió abrirse la puerta y entrar a la verdadera madre.

Sacó al niño de la cuna, lo tomó en sus brazos, y dijo:

—¿Qué hace mi querido hijito?  
¿Qué le pasa a mi corcito?  
Dos veces más volveré,  
Y de los dos cuidaré.

La nodriza no le contestó; pero, apenas hubo desaparecido, corrió a contárselo al Rey, quien dijo:

—¡Dios mío! ¿Qué es esto? Voy a pasar la noche al lado del niño.

En efecto, fué al cuarto del niño, y hacia las doce se apareció la madre, y dijo:

—¿Qué hace mi querido hijito?  
¿Qué le pasa a mi corcito?  
Aun otra vez volveré,  
Y de los dos cuidaré.

Luego acarició al niño y al corzo, y desapareció. El Rey no se atrevió a dirigirle la palabra; pero a la noche siguiente se quedó también en vela.

Apenas llegó, y cuando Celia empezó a decir:

—¿Qué hace mi querido hijito?  
¿Qué le pasa a mi corcito...?

el Rey, sin poderse contener más, se lanzó hacia ella y le dijo:

—Tú debes ser mi esposa?

—Sí—contestó ella—; soy tu mujer.

Refirió entonces al Rey el crimen que habían cometido con ella la malvada hechicera y su hija, y el Rey las condenó a muerte, con lo cual el corzo tomó forma humana, y los tres vivieron felices hasta el fin de sus días.



FIN





# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¿Conoces esta fotografía, mi querido Chonón?

—Desde luego, amigo buho. El sitio, aunque no he estado en él, lo conozco. Veo al fondo las popularísimas pirámides de Egipto, esas famosísimas tumbas que desde hace tantos siglos se alzan en las llanuras próximas.

—Pero no son las pirámides lo que se destaca en el primer término de la fotografía. Fíjate bien a ver si recuerdas ese monumento de colosales proporciones.

—Sí, hombre, sí; lo recuerdo también. Es una Esfinge.

—Justamente. Es la gran Esfinge de Memphis, ese descomunal monumento que desde hace cuarenta siglos contempla con su misteriosa mirada la inmensa llanura del desierto.

—¿Y qué significan esos andamios que rodean su gigantesca cabeza?

—También las estatuas necesitan su «toilette», y a la Esfinge de Memphis le ha llegado la hora de la suya. En los mil novecientos años que van transcurridos de nuestra era, no se recuerda haberle lavado la cara ni una sola vez. Me parece, amigo Chonón que ya va siendo hora de hacerle un aseo.

—¡Pobrecilla! ¡Qué bien le va a venir una mano de jabón!

—No es jabón lo que necesita. Le hace falta cemento para tapar las grietas que amenazan con arruinarla. Y hacen falta también muchos cientos de palas para excavar la arena que poco a poco la iba enterrando. Para que te formes idea de lo que significa la acción del tiempo, te diré que después de trabajos incesantes durante varios meses, se ha conseguido sacar a la luz las patas de la Esfinge, que miden diecisiete metros y medio de largo por tres de alto. Estas patas y parte del cuerpo del coloso estaban sepultados por una capa de arena de un espesor de doce metros.

—¿Cuanto mide de largo la Esfinge?

—En total treinta y nueve metros, con una altura de casi dieciocho. Suponen los arqueólogos especializados en estos monumentos egipcios, que su altura sería aún mayor, pues creen que sobre su cabeza se alzaría un promontorio de piedra imitando un penacho de plumas. El tiempo ha dejado huellas lamentables en el coloso del desierto. Le ha arrancado la nariz, dejando chata su misteriosa faz; le ha arrebatado casi todo el labio superior; se le ha comido los lóbulos de las orejas y todo el contorno de la esponjosa cabellera. Además, sobre su cabeza, ha abierto enormes brechas que aparecen rellenas con arena finísima y que constituyen el peligro más amenazador.

—¿Crees tú que estas grietas acabarían destruyendo la Esfinge?

—Así hubiera ocurrido sin estas obras de reparación llevadas a cabo. Pero esos andamios que ves en la fotografía han permitido al hombre descubrir tan graves averías y ya han

sido reparadas, vaciando de arena las grietas y rellenando estas con un cemento especial.

—¿Y la nariz? ¿Y los labios? ¿Y las orejas? ¿Y el pelo? ¿Van a ser reconstruidos?

—De ningún modo. Los más ilustres arqueólogos se oponen a ello resueltamente. Y yo creo que hacen bien.

—No sé por qué. ¿No estaría mejor que la dejasen nuevecita?

—Eso sería un gran disparate artístico. Tan grande como si a la Venus de Milo se le quisiera poner los brazos, que le faltan. Nadie, por muy artista que fuese, podría encarnar el sentimiento simbólico del arte faraónico. Por eso, es mejor dejar las cosas como están. ¿Quién se atrevería a reconstruir con toda su propiedad la ciudad de Pompeya? ¿O la Acrópolis de Atenas? Y estos ejemplos que te cito se refieren a monumentos modernísimos en relación a los de la civilización egipcia.

—Oye, amigo buho ¿y que habrá dentro de esa misteriosa Esfinge?

—¡Quién lo sabe, Chonón! Alrededor de este secreto giran leyendas y leyendas. Créese que su interior será un laberinto de pasillos, escaleras y cámaras que contendrán los más fabulosos tesoros y tumbas repletas de objetos del más alto valor.

—¿Y tú lo crees así también?

—Desde luego tengo por seguro que en el interior de esta mole se encerrarán cosas curiosísimas. Documentos de más gran valor para la Historia y para el Arte. Pero tesoros en metales preciosos y en pedrerías, no lo creo.

—¿Por qué, no? ¿No recuerdas los famosos hallazgos de la tumba de Tutankamen?

—Precisamente porque los recuerdo abrigo la casi seguridad de que dentro de la Esfinge no ha de haber grandes tesoros. Los célebres trofeos funerarios de la tumba de Tutankamen no han alcanzado, ni con mucho, el valor intrínseco que se les atribuyó en un principio.

—¿Pues no aparecieron muchos objetos de oro macizo?

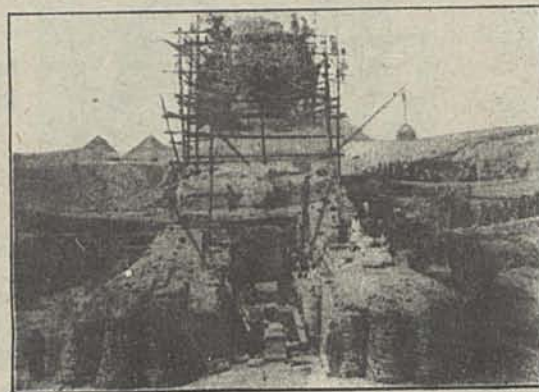
—Ahí estuvo el error. En creer que era oro macizo lo que sólo estaba recubierto con una chapa de aquel metal. Los artistas de la época faraónica no ignoraban que el oro puede reducirse a láminas delgadísimas y utilizaban esta propiedad para revestir con chapas finísimas objetos de metal y de madera.

—¿Entonces...?

—Lo que te digo. Muchos objetos hallados en aquella tumba solo tenían de oro la parte exterior.

—Sin embargo, su valor artístico e histórico...

—¡Ah! Ese no se lo quita nadie, querido Chononcito.





# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE OCTUBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Mi amigo Morronguls  
Carmen Allí



Mi canario  
Cosme Gorostiza



Mi hermana  
T. González



Pinocho  
Angeles González



Un buzo  
T. González



Moronguls cazador  
Ramiro García



Mi burro  
Carmen Allí



José Gerbolés



Un quinto  
T. González



Manuela González



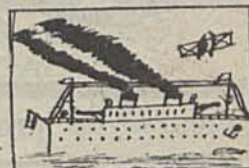
Barco de vela  
H. Romero



Caballo de Currinche  
Jaime Silva



Un duque  
Pepín Castellanos



Barco de guerra  
Pepito Peire



Capuchita roja  
Elia Sancho



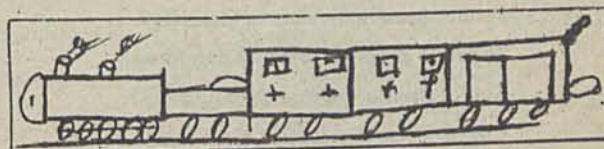
Lilas  
Pilar García



Currincho  
José Mayer



Pinocho  
Isabel Ortiz



El Ferrocarril de Anita.—Ricardo Lucena



Una explosión  
José Gerbolés



Un tigre.—Pilar García



Mi perro  
Pilar Sanmartín



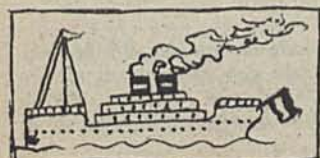
Jabalí.—J. Luis Collina



Un borracho  
Ramiro García



Cinta Cení  
Marisa Alarte



Mi barco.—Teodoro González



Una muñeca  
M.ª Teresa Martín



El auto de Pinocho.—B. Aragón



Cow-boy  
Un desconocido



Que feol  
M.ª Gloria García





# Los magníficos juguetes del gran Sorteo

organizado por los fabricantes del

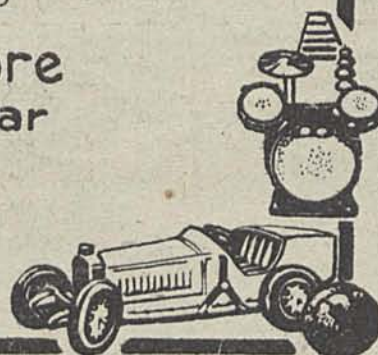
**PAPEL DE FUMAR**

**ABADIE**

ESTAN EXPUESTOS EN LA  
**CASA MEDEL**

GRAN VÍA PEÑALVER 18

**Del 1 al 16 Octubre**  
**Apresuraos a visitar**  
**la exposición.**



## **C**oncurso de problemas y pasatiempos del mes de Abril

Premios consistentes en libros de preciosos «CUENTOS de CALLEJA».

Primer premio.—Alberto González

Segundo premio.—Pepe Almodóvar.

Tercer premio.—Angelita Guitian.

Cuarto premio.—Elisa Gordezuelo.

Quinto premio.—Luis Gómez March.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del pinochista diplomado:

Julio Fariñas, Arturo López, Fidel Mochón, Antoñita Cáceres, Raimundo Galán, Pepe Vallina, Pepito Tirado, Aurora García Lesmes, Pedro Potán, Ernesto Sacristán, Eugenio Rinza, Ginés Bonilla, Luisita Astudillo y Paco del Hoyo.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

## **P**remios a la colaboración pinochista del mes de Abril

Premios consistentes en libros de preciosos «CUENTOS de CALLEJA».

Primer premio.—Ana M.<sup>a</sup> Fernández.

Segundo premio.—Gonzalo Páez.

Tercer premio.—Aurorita Carrasco.

Cuarto premio.—Trini Gros.

Quinto premio.—Salvador Pérez.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del pinochista diplomado:

Miguel Rodríguez, María Caro, Rosario Losada, Javier Fernández, María Olasagasti, Vicenta Pastor, J. García Parreño, Julio Solares, Lolita González, E. Briz, Juan P. Agudín, José M.<sup>a</sup> Alvarez Cascos, Un desconocido, Alecia Muñoz, Manuel Rodiles, Fifi Rodríguez, Maruja Sánchez, David Muñiz, Rosario Rodríguez, Inés Jaraquemada, Pepita Alcázar, Nicolás de la Peña, Antonita Maqueda, Ramiro García, Inés Brugada, Juan Sillo, Juan Verdesoto, E. López Jordán, Fernando Organvitez y el autor de Uu avestruz y un pato.



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE OCTUBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## LOS CUATRO CABALLOS



Había traspuesto ya el sol, el horizonte, cuando nuestros expedicionarios se dieron cuenta de que habían desaparecido los cuatro caballos.

Comenzaron a buscarlos, como locos, pero los cuatro caballitos en cuestión no aparecían por ninguna parte.

—Algo grave ocurre— dijo el elefante.

Pero estaba equivocado rotundamente.

Los cuatro caballos estaban escondidos.

¿Sabréis averiguar vosotros su paradero?

Creo que sí.

**CUPÓN** DE SOLUCIONES DEL MES 294  
DE OCTUBRE

Envío del Pinochista D. ....

.....

.....

.....

Cuando estos animalitos están tan regocijados alguna cosa agradable deben haber visto sus ojos..

Así, porque sí, no brota la risa en los labios.

Es preciso siempre un motivo...

Una causa...

Afortunadamente nosotros vamos a informarnos fácilmente del jocos incidentes que ha movido a la carcajada a estos simpáticos animalitos.

Para ello no tendremos más que coger un lápiz y trazar líneas, con él, de número a número, sigulendo claro está el orden correspondiente.

## ESCENA SUBMARINA







# SECCIÓN PIRULA

CUENTOS DE PIRULA

**El brujo Barboncete, la bruja Lechuzota, los seis mirlos blancos y la dulce Dulcita**

Érase un noble señor llamado el duque Barboncete, que era muy rico, muy bueno y algo brujo. Digo

algo porque sabía hacer brujerías pero su poder era limitado; era en fin un brujo de tres al cuarto.

Pero si su poder era poco, al menos lo empleaba bien; por ejemplo: en convertir el mendrugo de pan de un pobre en un pollo asado, o en transformarle a una niña su pepona del todo a 0,65 en una hermosa muñeca de biscuit.

Era, en fin, un buen brujo, y se merecía la felicidad de tener siete hijos que eran otros tantos soles.

Los hijos del duque Barboncete eran seis varones, apuestos, valientes y simpáticos, y una niña preciosa y tan buena abnegada y dulce que la llamaban Dulcita, aun cuando hay quien asegure que su verdadero nombre no era tal, sino algo así como Clodoalda, Etelmira o Segismunda.

Dulcita era la más joven de los siete, y sin embargo servía de madre-cita a sus seis hermanos, ya que el duque se había quedado viudo.

Hubieran vivido todos muy felices en el magnífico castillo de las Blancas Almenas, si no hubieran tenido por vecina a la terrible Lechuzota.

Lechuzota era vieja, mala y fea; pero era una bruja poderosísima, si bien todo su poder no bastaba para convertirla en una joven, bella y simpática. (Lo mismo les sucede, como todos sabemos, a las demás brujas que realizan prodigios sorprendentes y sin embargo no son capaces de acortar su nariz un centímetro, ni de hacerse crecer en la boca los dientes que les faltan... o ponerse una dentadura postiza como hacen los simples mortales).

Lechuzota se había metido en la cabeza casarse con el duque Barboncete, no porque le quisiera, ya que las brujas malas no quieren a nadie, sino para apoderarse de su fortuna, llevar el título de duquesa y además para hacer daño a los siete duquesitos, a quienes odiaba por el solo motivo de que eran jóvenes, guapos y buenos.

Un día, Lechuzota envió a su gato Zipzape (un minino al que ella había enseñado a hablar) a preguntarle al duque si quería casarse con ella; figuraos la estupefacción del noble Barboncete al recibir tan extraña embajada y tan absurda proposición.

Lanzó una carcajada de burla y Lechuzota le oyó, pues tenía metido en un oído cierta trompetilla encantada (algo así como un micrófono) que le permitía oír todos los ruidos a muchas leguas a la redonda. Y ya antes de que Zipzape le trajera la negativa del duque, ella había jurado vengarse por este desprecio.

Desde aquel día, se dedicó a molestar a sus vecinos. Si Dulcita bajaba al jardín a coger flores, se encontraba con que los claveles y las violetas la pinchaban con espinas enormes, mientras las rosas despedían un olor a bencina que la levantaba dolor de cabeza.

Si sus hermanos sacudían las ramas de una encina para coger bellotas, lo que caía y les aplastaba las narices, eran sandías y melones.

En cuanto al duque Barboncete tuvo que renunciar a la caza que era su distracción favorita, porque si algo le traía su perro era un animal de trapo o de cartón.

Con todas estas molestias, la vida en el castillo de las Blancas Almenas, antes apacible y risueña, se iba haciendo bastante desagradable.

Y lo peor fué que un día, consultando un espejito mágico que poseía, el duque averiguó que la bruja tramaba designios mucho más terribles, contra sus hijos.

Asustado, el pobre señor, aprovechó un sábado que era el día que la bruja—como todas las brujas—se marchaba al aquelarre, y se llevó a los siete jóvenes a un pabellón que él poseía lejos de allí y que estaba oculto en un bosque encantado que formaba un verdadero laberinto. Tanto que para llegar hasta el pabellón era preciso un ovillo de hilo mágico que le guiaba a uno entre los enmarañados senderos del bosque.

Cuando volvió del aquelarre y vió que sus víctimas habían desaparecido la bruja se puso hecha una... una bruja; pero indagando, indagando, logró averiguar el escondite, y un día transformada en mosca (que es el animal que más se parece a las brujas) se metió en el castillo vecino, entró en el cuarto del duque, mientras este dormía, y le robó el ovillo mágico.

Entonces se disfrazó de vieja aldeana, llegó hasta el pabellón y entregó a Dulcita siete preciosas camisitas de seda azul.

—He aquí—dijo—un regalo que os envía el señor duque, vuestro padre.

Los seis hermanos se pusieron las camisitas; pero ¡horror! en el acto que daron convertidos en seis mirlos blancos que volaron por la ventana lanzando un pío pío desgarrador.

La pobre Dulcita aterrada se apresuró a arrojar en la lumbre la camisa embrujada que la correspondía, y cuando al día siguiente el duque fué a visitar a sus hijos, la encontró sola y llorando.

—¿Dónde están tus hermanos?—preguntó.

—¡Han volado!—contestó Dulcita.

Claro que muchas veces decimos que alguien ha volado y esto no supone que haya salido por la ventana convertido en pájaro; pero en los cuentos no es lo mismo y el duque comprendió en seguida lo que había sucedido.

No perdió el tiempo en lamentaciones; se volvió corriendo al castillo subió a su biblioteca "brujística" y cogió un libro que trataba de la manera de deshacer los encantamientos de personas convertidas en mirlos.

Momentos después, el duque Barboncete reaparecía en el pabellón misterioso con una cara entre alegre y desolada y dijo a su hija que no había cesado de llorar:

—La salvación de tus hermanos depende de tí.

—¡Pronto! ¡Pronto!—exclamó Dulcita—; dime lo que debo hacer!

Pero aun cuando el duque la contestó enseguida, como es natural, para nosotras como si hubiera tardado ocho días pues hasta el domingo que viene no hemos de saber lo que la dijo.

